

—Entonces es muy posible que fuera el “Dimitrov”, que tenía hombres de doce naciones distintas, en especial balcánicos.

—Sí, sería el “Dimitrov”. Tito siempre estaba fumando y tenía mucha reputación como hombre de mujeres, mujeriego. Tuvo relaciones con una mujer de Albacete, de las que nació una hija ilegítima. Pero esto ya lo sabrá usted, ya que se hizo un reportaje en “La Voz de Albacete” en el que el periodista se preguntaba: “¿Conoce la hija de Tito a su padre?”.

—Pero, ¿cómo sabían ustedes que era Tito? En aquella época aún no había adoptado este nombre.

—En aquella época su nombre, verdadero o seudónimo, no significaba nada especial para nadie. Era solamente un eslavo más entre los otros. Fue después, en la segunda guerra mundial, en la lucha contra los alemanes, cuando se hizo famoso su nombre como Tito. No obstante, en la Brigadas Internacionales, ya se conocía mucho a Josip Broz.(6)

—¿Conoció a algún otro personaje importante?

—Sí, a Esmond Romilly, sobrino de Winston Churchill. Fuimos amigos durante nuestra estancia en España. Churchill le había dicho a su sobrino que cuando fuera mayor tendría más sentido común. El so-

brino de Churchill tan sólo participó en los primeros combates, ya que más tarde, antes de que el batallón participara en la batalla de Brunete, sin duda se movilizaron influencias y Esmond Romilly fue destinado al servicio de Correos de las Brigadas Internacionales, en Albacete.

(6) Aunque la historiografía moderna parece estar ya completamente de acuerdo en que Tito nunca estuvo de modo permanente en España, enrolado en las B.I., sin embargo la versión popular se ha encargado de difundir el mito de su presencia, a través de muchos testigos—entre ellos mi entrevistado— que afirman haberlo conocido en Albacete y en otros muchos puntos de la España republicana— a veces al mismo tiempo, como si Tito hubiera tenido el don de la ubicuidad—. Creo haber demostrado suficientemente el error que padecen todos los testigos—y algunos historiadores, como Ricardo de la Cierva, que han aceptado sus testimonios— en mi artículo publicado en *La Verdad*, de Albacete, el 7 de septiembre de 1975. Tito—el mismo lo ha dicho— estuvo solamente en España en una ocasión, para hacer una rápida visita de un día en Madrid. Como es natural, pasó por Albacete, sede de las B.I., donde, según el gobernador de aquel tiempo, don Justo Martínez Amutio, durmió una sola noche en un albergue del S.R.I. contiguo al chalet de la familia Fontecha, entonces Gobierno Civil. Aunque Tito, efectivamente perteneció a la organización de las B.I., sin embargo, su puesto, durante toda la guerra, estuvo en París, encargado de la recluta de voluntarios en los países del Este de Europa. Las diferentes personas que dicen haberlo conocido en España, o lo vieron en aquel único viaje rapidísimo a Albacete y Madrid, o lo confunden con otras personas. En mi artículo de *La Verdad* analizaba uno por uno los posibles motivos de confusión con otros personajes enigmáticos de la guerra española, sobre todo con el llamado “Tschapaiev” (el húngaro Miklos Szalay), el “teniente Tito” (Marín Tito Ruiz, ayudante del batallón de instrucción de Madridue-ras) y el “general Gómez” (el alemán Wilhelm Zaisser, jefe militar de la Base de las B.I. en Albacete). Varios testigos fehacientes me han demostrado que la opinión general en Albacete, después de la guerra, coincidía falsamente en la identificación de “Gómez” con Tito. Otro motivo de duda hacia las declaraciones de tantos testigos es la realidad de que Josip Broz, en aquella época, aún no había adoptado el sobrenombre de Tito, y aún no era un personaje conocido popularmente en el mundo. Aunque en realidad, lo extendido del error puede obedecer muy bien a la facilidad de muchas gentes sencillas: aquellos que conocieron durante la guerra española a un extranjero comunista muy importante, ignorando realmente quién fuese, muy bien pueden suponer, después de tanto tiempo, que este personaje era Tito, ya que este también es un personaje extranjero, comunista y muy importante. De la misma manera, si hubieran conocido a un chino de estas características, ahora jurarían y perjurarían haber conocido a Mao Tse Tung. (Desde luego que esta postura mía, historiográfica y por lo tanto, deducida científicamente, no puede cambiar en absoluto por las declaraciones a *La Vanguardia* (12-5-76) de otro señor que dice haber jugado al ajedrez con Tito, atribuyéndose incluso hasta el protagonismo del bautizo del sobrenombre que luego haría tan popular a Josip Broz. Testigos como éste—que no pueden convencer— les hay a montones, pero casi todos ellos mucho más modestos, sin ansias de protagonismo histórico).